

Estación Niquía

MARIA TERESA RAMÍREZ URIBE

Hola Melba:

Por fin me decidí a escribirte... es que no soy capaz de darte la cara y tengo muchos remordimientos por haber salido de tu casa sin darte ninguna explicación. El caso es que no sé por dónde empezar...

Aquella noche llegué a tu casa muy tarde como otras noches y abrí la puerta con las llaves teniendo cuidado de no hacer mucho ruido. Me quité los zapatos, subí las escalas despacio y entré en la habitación. Esa habitación que ustedes acondicionaron para que me sintiera como en mi propia casa, pero sobre todo, ¡para salvar mi pellejo de las salvajadas de Libardo! Porque esa misma semana fue cuando me rompió la mejilla de un puño y la hinchazón fue tanta que me cogió hasta el ojo y no podía ver.

Entonces, cuando llegué a mi habitación, descargué la bolsa, entré al baño, abrí la llave del agua y esperé de rodillas un rato a que la bañera se llenara hasta la mitad. Ay, Melba, ¡no sé si vas a poder perdonarme! Hasta ese momento tú estabas convencida de que yo trabajaba en una cafetería en turnos de noche, pero de eso que te dije, la única verdad es que mi trabajo era de noche y por eso yo esperaba a que todos estuvieran dormidos para que no me descubrieran.

Ya llevaba algunos días en aquel trabajo, pero te cuento que no era fácil... Sobre todo, caminar por las calles con aquella bolsa pesada, subir las escaleras del metro en la estación Hospital y llevar mi envoltorio bien tapado y disimulado. A veces, me daba hasta miedo que se filtrara el olor y los otros pasajeros pudieran darse cuenta de lo que llevaba dentro del talego. Yo sentía como que estaba cometiendo un crimen, pero cuando por fin el metro

paraba en la Estación Niquía, cerca de tu casa, sentía un alivio tremendo porque nadie había descubierto lo que había en el interior. ¡Dios mío! ¡Pero la carga de aquel día sí estaba demasiado grande y pesada!

La semana antes de encontrar el trabajo había caminado de un lado para otro por el centro y ya casi había perdido las esperanzas... Yo estaba desesperada por conseguir un trabajo, así que cuando resultó ése, no lo pensé mucho... Sí, ya sé que todo habría sido más fácil si te hubiera contado desde el principio, pero me daba vergüenza y por eso tenía que disimular tanto y decir tantas mentiras.

Fue una tarde después de andar y andar sin rumbo fijo, cuando entré a una cafetería cerca del hospital San Vicente. Al lado estaba la entrada de la funeraria “El séptimo cielo” y me dio risa pensar en ese nombre tan extravagante, pero me quedé allí quieta, mirando entrar y salir la gente mientras me tomaba un café. En una hora pude contar que llegaron como con seis cadáveres y entonces también me dio tristeza porque veía a los familiares que entraban desconsolados llorando a sus seres queridos. Uno a veces piensa tonterías y entonces me imaginé a esos mismos muertos allá adentro mientras los lavaban y maquillaban para disimular lo que les había pasado y salían después en esos ataúdes lujosos y con vestidos nuevos... y... ¡zas! ¡Se me vino la idea como un chispazo!

Me levanté, pagué la cuenta y entré a la funeraria. Había una mujer detrás de un escritorio y le pregunté sin rodeos:

—Perdone, ¿usted me puede decir qué hacen aquí con la ropa que le quitan a los difuntos?

La mujer me respondió de mala gana:

—Nosotros cada tarde recogemos la ropa del día en una bolsa y le pagamos a un hombre que se la lleva para quemarla.

—¿Y yo podría seguir haciendo ese trabajo?

Sí Melba... Yo soy consciente de que no era un trabajo como todos, pero también era una manera de sacarle dinero a esa misma muerte de la que yo estaba huyendo ¡y que me iba a alcanzar si seguía al lado de Libardo! No sé qué hubiera hecho sin tu ayuda Melba, pero no podía quedarme en tu casa sin tener un trabajo digno... ¡Qué tonta! ¡Como si todos los trabajos no fueran dignos! Pero a mí me daba vergüenza que tú y tus hijos se enteraran en qué consistía el mío.

La bañera estaba medio llena cuando estiré la mano y toqué el agua tibia, abrí la primera bolsa, vi que la ropa estaba muy manchada y sumergí la primera prenda... Era una chaqueta verde de talla mediana y de tela gruesa. El agua cristalina empezó a teñirse de rojo, un rojo oscuro y espeso y me dieron náuseas.

Saqué la camisa blanca. En el costado izquierdo tenía un pequeño roto y pensé que tal vez la bala debió haber entrado hasta el corazón



Pero esa
noche tal vez
exageré con
lo del agua ¡y
al otro día por
la mañana la
maldita tubería
de tu bañera
se rompió por
dentro!

porque allí era donde había más sangre. Tenía que sumergirla también y estregarla con fuerza para que aflojara la mancha. Después, cuando estuviera seca también tendría que remendarla o pegarle un bolsillo en ese lado para disimular el roto.

Cuando empecé a estregarla, las náuseas me acosaron y sentí unas ganas tremendas de vomitar; alcancé a dar un brinco y el café con leche y la tostada que había tomado esa tarde quedaron nadando en pedazos babosos dentro del inodoro.

¡Ay! ¡Dios! Ese día me dio mucho susto que se hubieran despertado con mis ruidos. ¡Tenía que ser cuidadosa

porque apenas estaba empezando el lavado y todavía me faltaban el pantalón y los calcetines de la primera bolsa!

El agua de la bañera estaba completamente roja cuando los saqué. No podía vaciar la bañera y llenarla de nuevo para no gastar demasiada agua, así que cogí el pantalón y lo sumergí también en la misma tinta roja. Estaba manchado de la cintura para abajo y se me vino la imagen de una puñalada en el estómago y la sangre caliente rodando por las piernas del hombre. Hice lo mismo con los calcetines y luego lo escurrí todo con las manos. Las náuseas me volvieron, pero me concentré en rezar una oración por esos muertos que me estaban dando la posibilidad de vivir.

—Señor Jesucristo Santificado...
tú que viviste el martirio de la crucifixión,
apiádate de este ser desvalido
que hoy camina por el sendero del más allá...
perdona sus pecados y extiende tu mano
para que pueda descansar en paz...

A esa hora ya estaba muy cansada, pero todavía faltaba sumergir las prendas de la segunda bolsa y el último paso que era lavar todas las prendas con jabón y ponerlas a secar. Debía vaciar la bañera de nuevo y volver a llenarla para hacer el último lavado. Cuando miré la hora era la una de la madrugada y todos dormían...

Con la vecina del piso de abajo había hecho un acuerdo para que me dejara secar la ropa en su casa. Yo se la llevaba por la mañana cuando ustedes ya se habían ido para sus trabajos y quedamos en que le pagaría 100 pesos por cada prenda cuando las fuera a recoger. Contábamos las

prendas mojadas, ella las extendía en su patio y yo las recogía dos días después. Con eso me aseguraba de que no me fuera a robar nada porque en esa ropa a veces había prendas caras, chaquetas de marca y camisas de esas que tienen pegado un cocodrilo pequeño, que son las que mejor me pagan. ¡Todo tenía que estar perfecto, porque en la plaza de mercado donde yo vendía la ropa usada no me iban a aceptar una prenda con rotos o con restos de sangre!

Pero esa noche tal vez exageré con lo del agua ¡y al otro día por la mañana la maldita tubería de tu bañera se rompió por dentro! Entonces, la tinta roja de la ropa de “El séptimo cielo” empezó a rodar por las paredes blancas de la casa de abajo... y ¡Ay Melba!, Ahí fue cuando no tuve más remedio que huir, cuando empecé a oír a la vecina de abajo gritando:

—¡¡Señor Jesús!!! ¡Perdona nuestros pecados! ¡Muchachos! ¡Apúrense! ¡Larguémonos de aquí que esta casa está endemoniada! ¡Miren, miren! ¡Está saliendo sangre por las paredes! ¡Eso seguro son cosas de Satanás! 🗨️

Tu hermana, Soledad

MARÍA TERESA RAMÍREZ URIBE
(COLOMBIA)

Nació en Medellín. En 2007 ganó el Concurso de cuento Mil Palabras patrocinado por Editorial Planeta y Colsanitas, con el cuento *La boda de Samia*; y fue premiada en el concurso Caminos de la Libertad en México con el ensayo *Detrás del muro*. En 2008 ganó la beca de Novela Alcaldía de Medellín con *Los pasos del exilio*. Libros: *Hombre Pacho*, *La firma de Jota*, *Detrás del muro*, *Los pasos del exilio*, *Vida y obra anclada en la palabra* y *Cuentos para vaciar el crepúsculo*.

